

el circuito, el intercambio, el valor, la inversión-rendimiento, las nociones de productor y consumidor. En época más reciente. Pośókov señaló que el rublo era la palabra del gobernante y Law que la moneda valía lo que la firma del príncipe. Ya en nuestro tiempo, Parsons ha indicado que la moneda es un lenguaje muy especializado, que la transacción económica es un tipo de conversación; que la circulación equivale a un envío de mensajes y la moneda se puede considerar como un código sintáctico gramatical. Rossi-Landi ha confirmado todas esas nociones y Jakobson ha señalado que el intercambio económico va acompañado de palabras o se convierte en palabras o es traducible a ellas.

En la parte final de esta primera sección de su estudio, Jakobson se refiere a la "sociolingüística" (y a sus variantes) y a la "sicolingüística". De la última encuentra manifestaciones que son más antiguas de lo que podría suponerse pues toda sicología que se ha preciado de serlo, particularmente en el siglo XIX, trató de aplicarse al estudio del fenómeno lingüístico en lo que tiene de psicológico; de la sociolingüística dice que es una reacción sana contra la tendencia a limitar cada vez más las tareas de la lingüística.

En efecto, él piensa que si bien se justifica que un investigador, un grupo de investigadores o una escuela lingüística autorestrinja las tareas que se propone (eliminando el significado como hizo la escuela americana o reduciéndose a estudiar el código, como hizo la escuela saussuriana), no hay que considerar a éstas sino en calidad de posturas experimentales y no en cuanto degradaciones permanentes o circunscripciones definitivas del campo lingüístico.

Para el sociolingüista en particular y para el sociólogo en general es importante recoger del trabajo de Jakobson la conclusión de que los aspectos sociales del lenguaje deben reintegrarse al estudio del mismo, que "cualquier código verbal comprende necesariamente un conjunto de subcódigos o variedades funcionales de lenguaje" más o menos explícitos, más o menos arcaicos, más o menos formales y que "hay prescripciones y prohibiciones de habla y de silencio destinadas a servir de prefacio natural a cualquier gramática verdaderamente generativa".

De paso, caen por la borda las concepciones de comunidades hablantes homogéneas y el rechazo de las variantes del estudio lingüístico. Como ha indicado Bright, la sociolingüística tiene su razón de ser precisamen-

te en el hecho de que existen variantes y, en una fórmula afortunada, puede conceptuársela brevemente como el estudio de la covariación de las estructuras social y lingüística.

En el terreno aplicado, Jakobson deriva las consecuencias de todo esto cuando afirma que ya resulta inaceptable en nuestros días la postura neogramática que se abstiene de interferir en el lenguaje; piensa que hoy, más que nunca, se requiere una planeación lingüística, un encauzamiento, un encaminamiento de las realidades lingüísticas por los caminos y en los sentidos que puedan hacerlas más eficaces para la comunicación, más útiles en sentido social.

Conviene terminar con una cita textual de Jakobson, porque la misma muestra la mano tendida del lingüista a sus colegas cultivadores de las ciencias sociales:

Puesto que los mensajes verbales... están vinculados con la comunicación de mensajes no-verbales o con el intercambio de satisfactores y compañeros, la investigación lingüística debe ser complementada por la investigación más amplia semiótica y antropológica.

Esta aportación de Jakobson —que aprovecha y coordina las de muchos estudiosos de diversas disciplinas— es, a no dudarlo, a pesar de su brevedad, de gran importancia para ubicar la sociolingüística en el panorama científico de nuestro tiempo y para propiciar —en general— las relaciones entre la lingüística y las otras ciencias (particularmente las que se ocupan de lo humano).

Oscar Uribe Villegas

Josefina Vázquez de Knauth: *Nacionalismo y educación en México*. El Colegio de México, México, 1970, 292 pp.

El nacionalismo ha merecido numerosos estudios en todos los países del mundo, menos en el nuestro. Y los estudios llevados a cabo sobre Latinoamérica y México han sido hechos por sociólogos norteamericanos, de tal forma que esta sola circunstancia es ya un mérito importante de la obra. Como la autora confiesa, su trabajo no busca "hacer un estudio del nacionalismo mexicano en todas sus expresiones", sino está reducido a "seguir la trayectoria de la enseñanza de la historia". Se apoya en las tesis de Margaret

Mead, Ruth Benedict, Eric Erikson, Frederick Hertz y algunos otros antropólogos y psicólogos contemporáneos que atribuyen la formación del carácter nacional a la educación. Sobre este punto se insiste a lo largo del libro, remarcando especialmente sobre la enseñanza de la historia.

En la introducción se señala que el nacionalismo depende de la formación educativa dirigida por el gobierno y la tarea se cumple a través del maestro o los historiadores, cuya enseñanza está determinada por el proceso de la historia. La educación debe ser el medio que el gobierno elige para lograr una conciencia colectiva, forjando de este modo la relación de lealtad entre el ciudadano y el Estado. De tal forma que la enseñanza de la historia, de la instrucción cívica y de la geografía regional y, sobre todo, de una lengua o idioma común, son importantes para lograr una mejor integración de la nacionalidad.

Para que una nación existiera, según el estudio del Royal Institute of International Affairs realizado en 1927, eran necesarios "un territorio más o menos definido, una lengua común, una población homogénea y un pasado común". Dobs agrega: un gobierno común y los intereses comunes, para que aparezca el nacionalismo. Bertrand Russell afirma que

toda educación tiene un fin político y se dirige a reforzar un grupo nacional, religioso o incluso social, en competencia con otros. La educación ha sido pues, un instrumento que el gobierno ha utilizado para modelar la conciencia colectiva de un país y despertar la lealtad de sus habitantes hacia el estado-nación.

Nos dice la autora que el patriotismo histórico lo inauguraron los historiadores mismos creando las primeras visiones heroicas, acuñando héroes y anécdotas que, más tarde, maestros y políticos utilizarían. El algunos países como México e Italia, el Estado ha tenido en la Iglesia un opositor poderoso con fuerza suficiente para transmitir su propia interpretación en las escuelas.

Alude también el hecho que el nacionalismo, inculcado hasta el exceso en las escuelas europeas, condujo a la confrontación mundial por medio de las guerras. Una vez pasadas éstas, se trató de limar la animadversión hacia los otros países, principalmente en Alemania, y de lograr un espíritu de "reconciliación internacional". Una de las ex-

presiones de esto último lo constituye la UNESCO; sin embargo, el nacionalismo ha florecido a tal grado que Hans Kohn describe nuestra época como pan-nacionalista.

En México, la conquista y la colonización realizadas en gran parte por religiosos, determinan la oposición histórica entre el Estado y la Iglesia. Este divorcio produjo la elaboración de varias interpretaciones de la historia mexicana que, transmitidas en las escuelas, fomentaron la división que más tarde traería el enfrentamiento armado. Durante el siglo XVI da forma el primer símbolo nacional: la Virgen de Guadalupe, mito en donde se mezclan caracteres indígenas con orígenes hispánicos. En 1810 no sólo era motivo de engrimiento patriótico sino se convirtió en estandarte de las masas que siguieron al cura Hidalgo.

Aunque mencionado en las cortes de Cádiz en 1812, y prevaleciente en la Constitución de Apatzingán, lograda la independencia, ni en el Plan de Iguala ni en los Tratados de Córdoba se menciona el renglón educativo. Aparece con la promulgación del Proyecto del Reglamento Provisional del Imperio Mexicano del 18 de diciembre de 1822, en donde se reconocía que los establecimientos de instrucción estuvieran en consonancia con el sistema político.

Hay dos visiones del origen de México: una, la del grupo de Morelos, que quería independizar a la América Septentrional de España o de cualquier otro poder; y la otra, la de Iturbide en el Plan de Iguala, que trata de unir al mundo novohispano en estos territorios.

Las dificultades del gobierno juarista con el clero dieron lugar a la presencia de tres potencias extranjeras en Veracruz, evento que desembocaría en la intervención francesa y el establecimiento del Segundo Imperio. Después de estas luchas, repuesto Juárez en el poder, redacta en las comisiones legislativas la Ley Orgánica de Instrucción Pública; establece la enseñanza gratuita y suspende toda docencia religiosa en las escuelas.

Durante 1859-1889, la nacionalidad se define a través de dos grupos políticos tradicionales: los conservadores, con toda su nostalgia hispánica, su pesimismo y su antiyanquisismo obsesivo; y los liberales, anti-españoles, antiyanquis, anti-franceses y con una medida de nostalgia indigenista. El triunfo de los liberales glorifica el pasado indígena, niega la conquista, nombra a Hidalgo el Padre

de la Patria mientras que a Iturbide no se le rechaza del todo.

Con la revolución, la enseñanza es libre pero laica. Ninguna corporación religiosa o privada tiene ingerencia en el problema educativo. Frente a los ideales de la educación porfirista, el ardor revolucionario condujo a respuestas y conclusiones que no eran las oficiales. Andrés Molina Enríquez analiza los problemas socioeconómicos del pueblo. No se detiene en los sucesos de la cultura indígena, en la conquista, en la colonia, en la independencia, en la reforma o el porfiriato, pues encuentra en la segmentación de la sociedad la razón de la falta de unidad nacional.

A fines de la década de los veinte y principios de los treinta, el desarrollo del movimiento obrero organizado, el forcejeo entre la Iglesia y el Estado, el reflejo de movimientos mundiales de lucha social agudizados por la depresión económica de 1929, dieron paso a un movimiento de renovación social que coincidía con una serie de metas fijadas por el periodo de gobierno comprendido de 1934 a 1940. Entre estas metas se encontra-

ba la imposición oficial de la escuela socialista.

La Segunda Guerra Mundial fomentaría algunas tendencias, entre ellas, la industrialización y el arribo a una nueva conciliación de fuerzas políticas. Las que parecían provocar la discordia habían sido desviadas primero por el peligro de intervención extranjera en el momento de expropiación del petróleo y, después de 1939, ante la posibilidad de que las hostilidades entre países del Eje y los aliados afectaran al país.

La educación, el medio para modelar el México del futuro, recibió el peso de conseguir la unidad y preparar a los jóvenes para acelerar la industrialización. En 1942 se promulgó una nueva Ley Orgánica de Educación Pública que, aunque afirmaba la educación impartida por el Estado, sería socialista (artículo 16) y su espíritu totalmente diferente.

La autora concluye que en todos los países se ha utilizado la escuela como instrumento para formar ciudadanos y la enseñanza de la historia como medio para inculcar ciertos valores y despertar lealtad a la nación en la forma del gobierno establecido.

Carlos Enrique López García